

No podemos derrotar al cambio climático sin derrotar al capitalismo

ZARAH SULTANA :: 11/12/2022

Los capitales quieren desviar el movimiento climático hacia soluciones individuales. Pero los sorbetes de papel y las bombillas de bajo consumo no salvarán el planeta

Necesitamos un movimiento para acabar con el sistema que lo está destruyendo.

En su día, el principal obstáculo para los activistas medioambientales fue el negacionismo del cambio climático. Financiado en secreto por la industria de los combustibles fósiles, la ciencia estaba ferozmente desacreditada. Se difundió información errónea para ocultar una verdad mortal.

Hoy en día, con algunas excepciones notables, son pocos los que niegan la evidencia del cambio climático. Ese argumento se ha resuelto en gran medida. Incluso el gigante petrolero Shell se ve obligado a reconocer la emergencia climática, y recientemente nos imploró en un tuit que consideráramos «¿Qué estás dispuesto a cambiar para ayudar a reducir las emisiones?».

Pero la negativa a entender correctamente el cambio climático no ha desaparecido del todo. En cambio, nos enfrentamos a una forma diferente y más sutil de negacionismo climático.

Esta perspectiva no niega la ciencia de la emergencia climática: niega la política. Pretende que basta con ajustar el sistema aquí o modificarlo allí para evitar el desastre. Actúa como si lo de siempre fuera viable, centrándose en la prohibición de los sorbetes de plástico y fomentando las bolsas ecológicas. Sugiere que la crisis climática es un problema de consumo personal, como si un cambio en las preferencias de los consumidores pudiera ser suficiente para evitar el desastre climático.

Esta fantasía liberal va acompañada de otra noción engañosa: el llamado «Antropoceno». Un concepto cada vez más popular tanto entre los académicos como entre los activistas del clima, que sugiere que los seres humanos en general son responsables del aumento de las partes por millón de dióxido de carbono en la atmósfera de 280 en 1750 a 417 en mayo del año pasado.

Este enfoque de la crisis climática es similar a las escuelas de pensamiento del *establishment* que culpan de graves males sociales --como la pobreza o el analfabetismo-- a la sociedad en su conjunto, en lugar de al sistema económico que los causa y a los pocos ricos que tienen poder para mejorarlos.

La tesis del Antropoceno tiene también un lado más oscuro. Si se puede culpar a los seres humanos colectivamente de los males del planeta, según la lógica, entonces una reducción de la población humana podría ser una solución. Esta idea, por supuesto, no es nueva: el economista británico Thomas Malthus expuso ideas similares en los siglos XVIII y XIX.

Poco después, la tesis maltusiana de la superpoblación fue criticada por Marx y Engels, que la calificaron de «difamación del género humano». Para los socialistas, Malthus había atribuido erróneamente a la humanidad en su conjunto la culpa de los problemas derivados de un determinado sistema social. Si las cosas se producían y distribuían en función de las necesidades humanas y no del crecimiento capitalista, y si la tecnología se orientaba hacia los mismos fines, no había razón para que los humanos no pudieran vivir en armonía con el planeta.

Las pruebas respaldan esta tesis. Un informe de 2017 del Carbon Disclosure Project mostró que 100 empresas han sido responsables del 71% de las emisiones mundiales desde 1988. En 2019, un estudio similar del Climate Accountability Institute descubrió que solo 20 empresas eran responsables del 35% de todo el dióxido de carbono y el metano relacionados con la energía en todo el mundo desde 1965.

Nuestro problema, en otras palabras, no es el Antropoceno. Nuestro problema es el capitalismo. El colapso ecológico al que nos enfrentamos hoy en día puede achacarse directamente a la acumulación de vastas franjas de recursos mundiales por parte de una pequeña élite, que impulsa el cambio climático con su codicia. El capitalismo es un sistema de poder altamente concentrado. Y ya sea como consumidores individuales (a través de sus jets privados y su lujoso consumo excesivo) o como capitalistas en la economía en general -- impulsando nuevas extracciones de petróleo y gas y llevando la producción a lugares más baratos pero más contaminantes--, la clase dominante tiene un impacto enormemente desproporcionado en nuestro clima.

En una sociedad de clases, los deseos de una pequeña minoría se priorizan por encima de la supervivencia de todos, ya que el capitalismo nos recluta para una acumulación sin fin. Tanto los capitalistas como los trabajadores están disciplinados bajo las reglas del mercado: debemos vender o morir. El capital, como dijo Marx, es un «valor que se autovaloriza»: la riqueza se ve obligada a generar más riqueza.

Mientras quemamos el suelo bajo nosotros y anunciamos el aumento de las cifras del PIB en nuestro planeta finito, el orden social actual empieza a parecerse a un culto a la muerte. La particularidad del capitalismo es que es a la vez un sistema de poder de clase y de dominación universal; estos dos impulsos lo hacen doblemente tóxico para el medio ambiente.

La tesis de que el capitalismo como sistema, y no el ser humano como especie, es el responsable de nuestra crisis ecológica es cada vez más popular. El escritor sueco Andreas Malm, en su obra *Fossil Capital*, explora el papel que desempeñó la energía de vapor en la Revolución Industrial británica en esta dinámica, argumentando que la lógica del capital --y en particular su impulso a subordinar el trabajo-- fue crucial en el ascenso de las tecnologías que cambian el clima.

Jason Moore, historiador del medioambiente y sociólogo de la Universidad de Binghamton, va más allá. Sostiene que no es el Antropoceno lo que estamos viviendo, sino el Capitaloceno, señalando que la mayoría de las emisiones del mundo provienen de la producción, algo sobre lo que las masas populares tienen poco o ningún control. En nuestras economías, los medios de producción siguen estando en manos privadas, en manos

de los capitalistas.

Una vez que podemos nombrar al capitalismo como el problema, las soluciones se vuelven mucho más claras. Si el capitalismo significa poder de clase y una búsqueda interminable de beneficios, el socialismo debe significar poder democrático y producción para la necesidad. Esas dos cosas deberían ser nuestros pilares en la lucha contra el cambio climático.

Un primer paso sería atacar el consumo conspicuo y totalmente innecesario de la clase capitalista. El objetivo principal, como sugiere Moore, debe ser ganar el control colectivo sobre la propia producción, una forma de garantizar que lo que se produce hoy no es simplemente lo más rentable, sino lo mejor para la sociedad y el planeta en su conjunto.

Y pensemos en los beneficios que esto podría tener. En lugar de pasar nuestras vidas atadas a nuestros trabajos, podríamos tomar el control democrático y planificar nuestros recursos y nuestra labor. Podríamos establecer objetivos climáticos y alcanzarlos al mismo tiempo que aseguramos que el nivel de vida de la mayoría de la gente aumente, a través de la redistribución de la riqueza, la organización efectiva de la producción y, simplemente, más tiempo libre.

Y las políticas respetuosas con el clima podrían tener también beneficios mucho más amplios. Hay muchas casas que necesitan ser aisladas, y hay que construir paneles solares y turbinas eólicas. Podríamos formar a una nueva generación de trabajadores para que realicen trabajos verdes que ayuden a reparar el clima en lugar de contaminarlo más. Los Estados pueden hacerlo, pero solo si arrebatan la riqueza a los capitalistas y la utilizan para fines comunes y útiles, en lugar de privados y lucrativos.

Esta es la exigencia de un Green New Deal, cuya radicalidad no hace más que crecer a medida que se acerca el desastre climático. Sus alternativas no nos ofrecen un futuro: un capitalismo verde, favorecido por el centro liberal, no aborda las tendencias ecológicamente destructivas en el corazón de nuestro sistema. O peor aún, el ecofascismo: una ideología creciente que pretende aislar a una pequeña minoría occidental de las consecuencias del desastre climático mientras obliga a las masas pobres del mundo a asumir sus costes.

Esta agenda ecologista de extrema derecha pone en evidencia otro aspecto de nuestra lucha. El capitalismo es un sistema global. Cualquier resistencia a él debe atravesar también las fronteras. No hacerlo alimentará una política verde cada vez más excluyente, más preocupada por la basura en nuestras localidades que por las inundaciones, que podrían desplazar a una de cada siete personas en Bangladesh en 2050.

Las decisiones tomadas en una sala de juntas en Londres o Nueva York pueden contaminar los ríos de Bangladesh o destruir las selvas tropicales en Brasil. Un Green New Deal que alimenta los coches eléctricos con baterías de litio extraídas en condiciones inseguras en el Sur Global no es suficiente.

Las coaliciones que necesitamos para derrotar al capitalismo fósil ganarán su poder reuniendo a las víctimas de las inundaciones, desde Inglaterra hasta Indonesia, y también a muchas otras, en un movimiento ecosocialista que hable en nombre del 99% global y contra los especuladores contaminantes, dondequiera que saqueen la tierra.

Estos son los primeros principios de un socialismo verde. Gran parte del trabajo consiste en completar los detalles, pero el movimiento climático debe empezar por disipar algunas ilusiones. Parafraseando un viejo dicho, los que no quieren hablar del capitalismo deben guardar silencio sobre la devastación ecológica.

Lejos de ser el problema, el Antropoceno podría ser la solución: la idea de que la humanidad tome colectivamente las riendas de nuestro destino, haciendo historia deliberadamente a través de las fronteras en un proyecto común para mejorar la vida. Hoy, la exigencia de una planificación democrática, enfrentada a la anarquía del mercado y al poder concentrado de la clase capitalista, es una exigencia de nada menos que de supervivencia.

Jacobin

<https://www.lahaine.org/mundo.php/no-podemos-derrotar-al-cambio>